



Narraciones (extra)ordinarias

Gómezdelacuesta

Seamos porosos, seamos sensibles, seamos tacto, gusto, olfato y vista, seamos todo oídos, amemos los sonidos y huyamos del ruido, y de la estupidez, y de la indolencia. Volvamos a contar cuentos a nuestros hijos que más vale una buena historia que mil palabras sin sentido, que las verdades de la vida, las buenas y las malas, hay que saberlas. Que en esta era de la imagen convulsa, frenética y muchas veces superflua, resulta extraño que dos artistas visuales nos pidan que escuchemos sus obras, nos digan que paremos nuestra atención, nuestra retina y nuestro oído, sobre aquello que nos cuentan, escapando de la imagen sin historia, para narrarnos, en un leve susurro, en un grito desgarrado, cinco fábulas con moralejas, tantas como personas quieran oírlas, cinco cuentos fantásticos que alimentan nuestra ética y, sin duda, nuestra estética, cinco narraciones (extra)ordinarias, reales como la vida misma.

Y érase que se eran dos artistas andaluces que comparten vida y también creación, dos artistas con pájaros en la cabeza, agapornis en su caso, de esos que vienen y se van, como la inspiración misma, sobre la que reflexionan y con la que trabajan, inspiración y transpiración decía el genio, pues eso, que las musas te pillen trabajando, sudando a chorros como una parturienta a punto de expulsar el feto: “te presté mi cuerpo” dice la madre desencajada por el esfuerzo “ahora te daré mi vida” continúa musitando a gritos. Y desde la potencia de ese embarazo, la artista –porque esta pieza es de ella- plantea su metáfora fotográfica y nos habla de lo que se compra y de los que se venden, del arte y de su mercado, de la vida y de sus mezquindades, y de ese capitalismo salvaje e insolidario que siempre mata y muta justo antes de morir.

Como el mismísimo arte, que nunca muere porque siempre muta y a veces también mata, como en la siguiente fábula: “tonto el que lo lea” escribe un niño con rotulador permanente en una pared cualquiera y convierte en tonto a quien lo lee, “tonto el que lo vea” excretan algunos artistas ninguneando a la competencia, pero da igual, da lo mismo si el sujeto creador es un fenómeno extraordinario rebosante de idea –y de técnica con que plasmarla- o si el perpetrador es un tipejo que copia compulsivamente todo lo que se va encontrando, por decir algo, en Internet. Los caminos, los discursos, los conceptos –y sus desarrollos- en definitiva, el trabajo auténtico, elaborado, razonado y con verdadero contenido, es lo de menos. En nuestra sociedad banal y finalista en la que no hay tiempo para nada, sólo valoramos los resultados, sólo creemos lo que vemos, sólo entendemos lo que no nos supone esfuerzo y sólo deseamos lo que alguien más listo que nosotros –previamente y sin apenas enterarnos- nos ha vendido.

Y si nos venden, comprémonos, comprémonos para poder ser libres y comprar, a su vez, las ideas que merezcan la pena, las piezas que sean buenas, las que aportan, quizás las de este proyecto, quizás las de Verónica Ruth Frías, quizás las de Cyro García –porque estas últimas son las de ellas que de forma más evidente recogen la inquietud de ambos por metamorfosear todo lo vivo, por fabular, (con)fabulando, una peculiar disección que conecta lo imaginario con la realidad más flagrante, trascendiendo lo plástico y exquisito, para penetrar, sin tapujos y sin ornamentos, en el ámbito de lo filosófico, y esto fue lo que le dijo, sin titubear, la hormiga a la cigarra.